

Los últimos autoritarismos

EN EL OCASO DEL AUTORITARISMO PRIÍSTA EN MÉXICO, Y DE lleno en una nueva crisis de la revolución cubana, resultan altamente tentadoras las comparaciones entre los dos últimos regímenes autoritarios del siglo XX en América Latina. Regímenes que por lo demás conservan intacto su legendario amorío: no es casual que a pesar de las profundas transformaciones de la política exterior mexicana, el nexo afectivo y político entre ambos gobiernos, anudado por Fidel Castro durante su accidentada estancia en la ciudad de México en 1955-56, se haya mantenido contra viento y marea. Más allá de la gratitud cubana y de la conveniencia mexicana, la afinidad autoritaria entre los dos caudillajes –uno personal y carismático, el otro institucional y enfadoso– ha garantizado la solidaridad entre dos naciones cuyos vínculos se remontan al siglo pasado.

Esta convergencia de miras y sentimientos, por cierto, ha contribuido a impedir que se desarrollen con mayor empeño, frecuencia y recursos estudios comparativos de ambos sistemas y de sus respectivas e hipotéticas transiciones. Los cubanos de la isla jamás se atreverían a cuestionar al régimen mexicano; los académicos mexicanos susceptibles de adoptar una postura crítica frente a su propio gobierno conservan aún muchas de sus simpatías y nostalgias por la época gloriosa de la revolución cubana. Y aquellos estudiosos norteamericanos que pudieran interesarse por ambos casos se ven atravesados por corrientes e inclinaciones contradictorias: quienes se atrevieran a pensar el tema mexicano en términos de transición más o menos bloqueada tenderían a ser de izquierda, y por tanto poco aptos para conceptualizar en términos semejantes a un régimen oprobioso como el del PRI y a uno plétórico de virtudes como el cubano. A la inversa, los sectores académicos estadounidenses más conservadores, que en efecto analizan el tema cubano desde posiciones hipercríticas, y por ende afines a la idea de una transición, han solido encariñarse con el sistema mexicano, sobre todo desde el sexenio de Carlos Salinas de Gortari.

Jorge Castañeda

Por ello no hay mucho en que basarse para esbozar una breve reflexión sobre las lecciones, semejanzas y diferencias entre México y Cuba en esta materia; de allí que los comentarios que siguen sean breves, iniciales y, ante todo, sumamente provisionales. No pretenden abarcar el conjunto de analogías y cotejos pertinentes, ni mucho menos aventurarse a formular vaticinios temerarios para un país o para el otro. La situación mexicana en particular se halla inmersa en una coyuntura de tal fluidez y complejidad que cualquier aseveración categórica al respecto puede resultar no sólo falsa sino enteramente despegada de la realidad.

En efecto, las elecciones mexicanas del 6 de julio pasado marcan un deslinde rotundo entre Cuba y México: por lo menos una parte del poder estuvo en juego, en condiciones en lo esencial equitativas, y exclusivamente por la vía electoral. Nada por el estilo ha ocurrido en Cuba, ni está en vísperas de acontecer. Es posible que ahora sí la transición mexicana se encuentre en marcha, aunque de ninguna manera se haya consumado con los comicios de este verano. No obstante, conviene recordar que las elecciones de 1997 tuvieron lugar al cabo de casi setenta años de monopolio ininterrumpido del poder por el PRI. Por todo ello, muchas de las reflexiones sugeridas a continuación contienen una mayor pertinencia para el pasado y el futuro que para el momento actual, que quizás es el de mayor divergencia entre los dos países. Dichas reflexiones en realidad pretenden sólo empezar a responder a una pregunta obvia, y a la vez enigmática: ¿por qué los regímenes autoritarios de Cuba y México comparten el dudoso privilegio de ser los más antiguos de América Latina y, junto con la República Popular China, Corea del Norte y Vietnam, los más viejos del mundo?

El primer punto en común de las dos transiciones pendientes en América Latina es el carácter *sui generis* de su autoritarismo. Dejando a un lado la propaganda oficial, es sin embargo un hecho que ambos regímenes provienen de revoluciones populares, realizadas por masas campesinas y clases medias, contra oligarquías excluyentes, entreguistas y miopes. Este origen no es equiparable al de las dictaduras clásicas latinoamericanas, ni al *apartheid* sudafricano, ni siquiera a las democracias populares de Europa oriental (la ex URSS es un capítulo aparte, parecido en este sentido al cubano y al mexicano, como lo es también el caso chino). Este origen no entraña necesariamente un grado menor de violencia, de abusos de autoridad o de dureza, pero le asegura al gobernante autoritario de turno una legitimidad fundacional y una base popular originaria que ya hubieran ansiado las dictaduras militares del Cono Sur, por ejemplo. Ciertamente muchas de ellas recurrieron a las connotaciones épicas del sustantivo “revolución” (en ocasiones acompañado del adjetivo “nacional”) para calificar su advenimiento, pero apelar a la mitología revolucionaria no garantiza su aceptación.

En términos muy generales, podemos aseverar que los únicos regímenes autoritarios y duraderos de América Latina, provistos a la vez de una base social mermada con el tiempo pero irrefutable durante largos lapsos de la historia, son justamente el mexicano y el cubano. Otros casos o bien sobrevivieron

poco tiempo –los sandinistas en Nicaragua, el peronismo en su primera encarnación– o bien nunca conformaron rasgos autoritarios tan nítidos como los que encierran nuestros dos objetos de estudio –otra vez Perón, sin duda Vargas la primera vez. O a la inversa, regímenes de largo aliento e indiscutible vocación autoritaria jamás conquistaron la base de masas de los de Cuba o México. Si bien es innegable el apoyo popular de experiencias como la de Franco en España o la de Pinochet en Chile, ambas surgieron de conflictos internos que escindieron a sus respectivas sociedades. Ello impidió que llegaran a gozar del tipo de respaldo popular como el que alcanzaron gobiernos como los de México o Cuba en diversos momentos de su historia revolucionaria.

Ahora bien, este origen y su consiguiente legitimidad obligaron a, y simultáneamente permitieron, una serie de políticas, ante todo de naturaleza social, que a su vez reforzaron la base de masas inicialmente existente. Por haber surgido de movimientos populares –sin duda dispersos, contradictorios y con una agenda confusa– los gobiernos de las dos revoluciones pusieron en práctica reformas agrarias, urbanas, obreras, educativas y de salud que al tiempo que redujeron el margen de su apoyo inicial, consolidaron un núcleo duro de entusiasmo y después lo fortalecieron. Con los años los logros iniciales se desvanecerían o incluso podrían verse desvirtuados, pero el recuerdo de la entrega de tierras o de la alfabetización perduraría mucho más que el efecto económico y social directo e inmediato de reformas como éstas y muchas otras. Más pronto en lo tocante a Cuba, luego de un mayor número de años en el caso mexicano, los avances conseguidos por los regímenes de la revolución se disiparían en crisis económicas, privaciones, corrupción y un estancamiento económico prolongado. Pero el juicio de los ciudadanos de ambos países sobre sus gobernantes se seguiría realizando en torno al conjunto de conquistas y retrocesos, y no sólo en función de los fracasos más recientes, por flagrantes y mayúsculos que le pudieran parecer a observadores perspicaces pero ajenos.

De estas primeras peculiaridades análogas se desprende una segunda, estrechamente ligada a la que hemos descrito. Huelga decir que cada quien suele proclamar que el autoritarismo propio siempre es el peor; asimismo, a tirones o troyanos les puede parecer odioso equiparar las “gloriosas” conquistas de la revolución cubana con la “podredumbre” priísta, o asimilar la “magnanimidad” mexicana con el “totalitarismo” castrista. Pero desde una perspectiva más abstracta, las semejanzas entre la relativa blandura de ambos autoritarismos resulta más notable que las diferencias entre sus actos puntuales.

Nadie a estas alturas puede cuestionar el carácter violento, represivo y antidemocrático del gobierno de Fidel Castro en Cuba, o de los sucesivos sexenios priístas en México. Dicho carácter imperó, aunque quizás de manera menos notoria o generalizada, tanto en los mejores momentos de las dos revoluciones –en Cuba de 1959 a 1968 o en México bajo Obregón o Cárdenas– como en sus horas más negras. Pero a menos que futuras investigaciones de archivo o forenses arrojen revelaciones sensacionales en los años por venir, ni el sistema político mexicano ni la revolución cubana llegaron a los extremos de violencia o abuso de Duvalier en Haití o de los militares en Argentina,

de la dinastía de los Somoza en Nicaragua o de los gobernantes castrenses en Guatemala, de los gobernantes civiles vinculados al golpe blanco de 1973 en Uruguay o, por supuesto, en Sudáfrica o de las dictaduras socialistas de Europa del este.

La naturaleza represiva de ambos regímenes por supuesto que no merece el calificativo de “benigna”, sobre todo a ojos de sus víctimas; hoy resulta difícil dudar de la vigencia en Cuba o en México durante muchos años de prácticas como la tortura, la detención arbitraria, los fusilamientos, la inexistencia de debido proceso, las violaciones frecuentes a los derechos humanos, ya sin hablar del perfil político consagrado de sistemas de partido único: ausencia de la libertad de expresión, de asociación, de elecciones libres y justas, etc. Pero la represión en Cuba y México ha sido más esporádica que constante, más localizada que universal, más selectiva que generalizada, más preventiva y política que callejera y física. Nada de ello la justifica o disminuye su gravedad, pero la califica y la distingue de otros casos. Asimismo, las diferencias evidentes entre los dos países no obstan para establecer esta generalización. Es cierto que el control de la sociedad, la persecución de disidentes y la rudeza de los castigos en Cuba contrasta con la creciente elegancia y sofisticación del trato dispensado a opositores en México en años recientes. De la misma manera que la intuición genial de Castro consistente en despachar a la mayoría de sus adversarios a Miami, nunca tuvo su equivalente en México. Pero lo esencial radica en otra parte: existen más semejanzas entre México y Cuba que entre México y el resto de América Latina o que entre Cuba y las clásicas dictaduras socialistas de Europa del este.

Esta segunda comunidad de rasgos se extiende a otra, que emana de ella. Justamente por el origen revolucionario de estos regímenes, y por el hecho de no haber llegado a los extremos constantes y generalizados de represión en otras latitudes, los dos casos se caracterizaron también por haber generado, con mayor o menor agrado y tolerancia en distintos momentos, una crítica cultural permanente. Con ello no se pretende sugerir la ausencia de otro tipo de resistencia anti-autoritaria en ambos países, principalmente una lucha social y extra-partidaria en México. Tampoco debe deducirse de esta tesis un menosprecio por la oposición a Fidel Castro en el exilio. Sólo se postula la idea que bajo *estos* regímenes autoritarios, a diferencia de otros, existieron márgenes lo suficientemente anchos para permitir una disidencia cultural vigorosa y constante, mas no para tolerar una oposición política abierta.

Lo que en México no se pudo decir en el Congreso, en la prensa o en la calle, se podía pintar en los murales de Orozco o de Siqueiros (obviamente no de Diego Rivera), narrar en las novelas iniciales de la revolución mexicana y después en las páginas de Fuentes y Rulfo, y discutir en los ensayos de Paz y Cosío Villegas —todo ello, por cierto, en ocasiones gracias al cielo protector del exilio explícito o entendido. Y en Cuba, la crítica más feroz al gobierno revolucionario provino siempre de la literatura, del arte, del cine y de la música: arrancaba en La Habana, y proseguía en Miami cuando las condiciones en la isla ya no lo permitían, pero con una interioridad a la sociedad cubana diferente

a la de diásporas de otra época, de otra índole. No sólo la distancia entre Miami y La Habana es menor que en otros exilios: el idioma, las familias, las comunicaciones, el intercambio y el arraigo de la “cubanidad” unen a las dos comunidades cubanas de una manera especial.

Por lo demás, las consecuencias políticas internas de la emigración –los fenómenos descritos por Albert O. Hirschman bajo el nombre de salida y voz– no son tan disímolas en los dos países como incluso lo expresan notables y talentosos escritores cubanos como Eliseo Alberto. Los cubanos que zarparon de Camarioca, Cojímar o Mariel en sus aviones o balsas efectivamente perdieron todo, incluyendo la opción de combatir con eficacia al régimen que aborrecen, pero eran recibidos hasta 1994 con los brazos abiertos en los cayos de Florida. En cambio los espaldas mojadas mexicanos son recibidos al cruzar la línea con golpes, racismo, insultos y una explotación inhumana, aunque es cierto que conservan casi todo en México, incluyendo la posibilidad de volver a su patria. Todo salvo la posibilidad de luchar contra el sistema que los obliga a emigrar, no por motivos políticos, pero sí por un trato y una miseria que hasta la semi-esclavitud de los sordo-mudos en las calles de Nueva York resulta preferible.

Cabrera Infante, Reinaldo Arenas, Tomás Sánchez, Carlos Varela, y el cine cubano de hoy y de antes son, al igual que sus homólogos en México, la verdadera disidencia cubana, mucho más que la oposición estrictamente política que hasta ahora no ha podido despegar en Cuba, y que en México apenas comenzó a figurar como fuerza real y viable a partir de 1988, y sobre todo de 1995. Hoy que esa oposición mexicana se perfila fuerte y victoriosa, resulta fácil olvidar que cuando triunfó la revolución cubana, el sistema político de dominación priísta ya había cumplido treinta años. Es evidente que en ciertos medios mexicanos de comunicación se ejerce una crítica al gobierno impensable en Cuba; pero también es obvio que un Radio Martí en México es inconcebible. Asimismo, aunque la dureza del régimen cubano rara vez haya sido alcanzada por el mexicano, la corrupción de éste último y la extraordinaria impunidad de la que han gozado incontables funcionarios públicos mexicanos a lo largo de varios decenios no tiene parangón en la isla caribeña.

Los dos últimos gobiernos autoritarios de nuestra América comparten otra extraña identidad. Se trata del impacto del factor externo en la sobrevivencia del régimen, un significado contradictorio pero en realidad convergente. Expliquémonos: en México no cabe ya duda alguna que el apoyo irrestricto de Estados Unidos a los gobiernos sucesivos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo le ha permitido al sistema priísta permanecer en el poder por un lapso muy superior al que le hubiera tocado sin ese respaldo foráneo. Mientras que en Cuba, ha sido la hostilidad incesante, sin respiro ni clemencia de Washington ni Miami, que le ha asegurado a Fidel Castro un margen de maniobra y de permanencia que probablemente no hubiera conservado sin la agresión norteamericana.

Si desde la llegada a La Habana en 1959 el enfrentamiento con Estados Unidos fue decisivo para determinar el rumbo de la revolución, de las alianzas políticas internas y de la inclusión/exclusión de diversos personajes dirigentes,

después de la caída del Muro de Berlín y de la clausura de la ayuda soviética la continuación del acoso allende el estrecho de Florida le ha permitido al liderazgo isleño seguir jugando con un espectro eficaz entre la población. Dicho espectro advierte que el fin del régimen entrañaría de manera inevitable un revanchismo de Miami y de Estados Unidos, el cual privaría a los cubanos de las conquistas obtenidas durante todos estos años, desde viviendas y pensiones hasta el acceso a las playas, a la educación y a la salud. La mejor prueba de ello residiría en la persistente enemistad de Washington para con la revolución.

En México sucede más o menos lo mismo, pero al revés. Estados Unidos rescató a Salinas y a de la Madrid en 1987-88, cuando una nueva debacle financiera provocó la desbandada electoral que requirió del fraude masivo contra Cárdenas para ser revertida. Y volvió a salvar al régimen priísta a inicios de 1995, cuando los excesos del régimen de Salinas y la impericia del de Zedillo dejaron las arcas vacías y una montaña de deudas de corto plazo en divisas. Estados Unidos, gracias a su apoyo incondicional al PRI y al sistema mexicano, le ha permitido a éste esgrimir el espectro de un abandono u ostracismo norteamericano en caso de una transición en México —una amenaza abierta que puede parecerle verosímil a un electorado aprensivo e inexperto. La mejor prueba de que una transición en México implicaría serias dificultades con Estados Unidos, restringiendo créditos para las empresas, importaciones de dulces y cereales para los niños, aparatos electrónicos y visas para la clase media, así como la confiscación de propiedades y cuentas para los ricos, residiría en el auxilio permanente y decisivo brindado sistemáticamente por Estados Unidos al PRI. Mexicanos y cubanos se convencen así de que, por razones opuestas, un cambio en el *status quo* entrañaría consecuencias nefastas para ellos debido a la reacción de Washington. La percepción es probablemente falsa en ambos casos, pero ha sido cultivada y fortalecida por gobernantes que conocen a la perfección los resortes profundos de la psicología de sus respectivos pueblos.

El reverso de esta medalla es precisamente el nacionalismo cubano y mexicano, otro elemento decisivo en la perpetuación en el poder de dos regímenes cuyo lamentable desempeño económico y social en los últimos años debió haber bastado para barrerlos de la escena. Para desarrollar esta idea, vale la pena recordar otros episodios de apoyo externo a diversas luchas anti-autoritarias. Desde el famoso vagón blindado alemán en el que Lenin se desplaza de Zurich a San Petersburgo en marzo de 1917 y las Brigadas Lincoln de la Guerra Civil en España, hasta la búsqueda sistemática de apoyos foráneos —incluyendo norteamericanos— por parte de los demócratas chilenos para derrocar o derrotar a Augusto Pinochet, la lucha anti-autoritaria siempre ha recurrido a la solidaridad internacional y a la colaboración externa. En todos estos casos, para los *freedom fighters* en cuestión, los enemigos de sus enemigos eran sus amigos: esta simple y eficiente consigna operó de manera constante. No evitaba roces ni dejaba de herir ciertas sensibilidades en determinadas coyunturas, pero nadie llegó a contemplar la posibilidad, ni en América Latina, Europa Oriental o África, de prescindir de la ayuda exterior para no mancharse.

Se antoja difícil imaginar al Congreso Nacional Africano y a Nelson Mandela oponiéndose a las sanciones de la comunidad internacional y en particular de Estados Unidos al régimen del *apartheid*, por considerar que avalarlas equivalía a colocarse del lado del “imperialismo” o de la intervención extranjera.

No obstante, en México y en Cuba esto es exactamente lo que ha sucedido, aunque de manera diferente en los dos casos. Desde principios de la revolución cubana, el mayor estigma que se le podía adjudicar a un opositor fue el de asociarse con Washington, Miami, la CIA, etc. Se entiende: muy rápidamente la ofensiva de Estados Unidos contra el nuevo gobierno en La Habana adquirió tintes de cruzada de guerra fría; la oposición *interna* pasó a formar parte de un bloqueo *externo* empeñado en derribar al gobierno revolucionario. Por lo menos desde Girón –y en realidad desde los primeros atentados de “la contra” en 1960– cualquier oposición cubana interna cargaba el lastre de encontrarse vinculada a, o de ser acusada de poseer nexos con, “el imperialismo”. Para la oposición cubana, el legítimo recurso a la solidaridad internacional –cualquiera que fuera la simpatía o antipatía que uno pueda abrigar por su causa– quedó anulado por el maleficio de la asociación con Estados Unidos. Incluso cuando los términos de la confrontación se suavizaron y disminuyó –un tiempo– el compromiso de Washington con el combate frontal a Fidel Castro, el estigma perduró. Hasta el día de hoy el nacionalismo cubano, acariciado y canalizado por Castro, le ha impedido a la oposición cubana conformar un perfil autónomo o contar con respaldos externos eficaces sin pagar un costo exorbitante por ellos.

El caso mexicano no es muy diferente. Quizás en parte debido al antecedente cubano y a la experiencia propia de futilidad, hasta hace muy poco tiempo y sólo de manera titubeante, parcial y aislada, la oposición en México optó por descartar cualquier apoyo exterior. En las muy contadas ocasiones, por ejemplo, en que el Partido Acción Nacional llevó sus denuncias de fraude electoral a instancias como las comisiones pertinentes de la OEA, salió más caro el caldo que las albóndigas. Y la oposición de izquierda, frenada por el temor de ser tildada de pro-americana, *polka* o malinchista, nunca se propuso agenciar apoyos externos o incluso otorgarle su visto bueno –sin promoverlas– a iniciativas en el extranjero de censura al gobierno priísta por violación a los derechos humanos, entre otras. Cuando mucho se limitó a seguir el camino del PAN en la OEA y en algunos foros de la ONU; en algunas ocasiones, procuró combatir la aprobación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en Estados Unidos, incluso mediante intervenciones del propio Cuauhtémoc Cárdenas, pero jamás como parte de una estrategia deliberada. Se trató más bien de actuaciones individuales.

El PRI nunca intentó utilizar las diversas tribunas estadounidenses disponibles, o los organismos financieros multilaterales para elevarle el costo del autoritarismo al régimen mexicano. La razón de la izquierda era sencilla: calculó que el gobierno priísta podría emplear con mayor eficacia el arma nacionalista en su contra si acudía a instancias de fuera para reforzar su lucha adentro. Lo que grupos opositores tan diversos como el ANC, los sandinistas en Nicaragua,

Solidaridad en Polonia o la concertación chilena intentaron y lograron en buena medida, en México se concluyó que era imposible, o demasiado costoso. De esa manera, tanto en México como en Cuba, gracias al fuerte nacionalismo arraigado en ambos pueblos y a su astuta manipulación por el PRI en un caso, por Fidel Castro en el otro, una faceta esencial del factor externo de la transición se vió neutralizada: en Cuba, al resultar excesivamente oneroso el costo de la vinculación con el exterior; en México, por desistir la oposición de pagar ese costo, privándose de un apoyo externo visto como contraproducente.

He aquí, en suma, algunos de los elementos significativos y comunes a los dos países que pueden contribuir a explicar la longevidad de sus respectivos autoritarismos. Ni son todos, ni explican en su totalidad la sobrevivencia de ambos regímenes; muchos otros factores explicativos intervienen. Tampoco dan cuenta de las obvias diferencias actuales entre los dos países: México en una incipiente pero decidida transición, recorriendo etapas decisivas que pueden marcar un auténtico fin de régimen; Cuba, enfrascada en su interminable agonía y en una renovada crisis económica. Pero las semejanzas citadas permiten formarse una idea de las trayectorias históricas de las dos naciones, y sugerir algunas tesis sobre una evolución posible en México y en Cuba en los próximos años.

Una de las principales conjeturas esbozables se refiere a la relación entre la base popular original de los dos sistemas autoritarios, y los desenlaces hipotéticos de la transición. No abundan los antecedentes, pero aquéllos que de alguna manera muestran afinidades con los dos casos aquí estudiados son sintomáticos. Yugoeslavia, China y la ex Unión Soviética son los mejores ejemplos, quizás, de regímenes autoritarios que se transformaron o sucumbieron ante el paso del tiempo aunque dispusieron de un apoyo de masas indudable en sus albores. El caso chino es paradigmático por un motivo evidente: de haber podido escoger y sabiendo hoy lo que saben, los dirigentes soviéticos y mexicanos hubieran preferido mil veces seguir el camino de Beijing, es decir, modificar lo suficiente su economía y su alineamiento geopolítico para poder mantenerse en el poder. Definida de esta manera, la vía que han escogido los cubanos –si se prefiere, como una *perestroika* exclusivamente *hacia afuera* sin *glasnost* hacia adentro, con su búsqueda ansiosa de inversión extranjera y su zona dólar– se asemeja a la china, con la pequeña diferencia que Cuba no puede modificar fácilmente su situación internacional. Estados Unidos no está de acuerdo y la isla carece de las dimensiones o de la importancia para obligarlos. Por otro lado, Castro nunca se propuso una auténtica liberalización económica *interna*, y los tímidos pasos de años recientes en torno a las profesiones por cuenta propia y los negocios independientes fueron rápidamente cancelados por Fidel.

La vía china es también aquella que exploraron gobernantes mexicanos como Carlos Salinas de Gortari: ceder en lo económico y bilateral para conservar el poder. Casi lo logran los mexicanos y no es totalmente descartable que los cubanos alcancen algunas de sus metas. La base popular inicial de ambos

regímenes les puede tal vez permitir dismantelar muchas de las conquistas sociales y de las estructuras económicas que emanaron de esa base original, sin verse defenestrados del poder político; las elecciones mexicanas del 6 de julio no son concluyentes al respecto, o, si se prefiere, una derrota en verano no hace una barrida de la historia. La vía china, entendida de la manera anterior, es factible, tanto en el Reino del Medio como en México y Cuba, aunque menos segura para las dos naciones latinoamericanas que para el país más poblado de la tierra.

Pero de no ser practicable, cabría en la fatalidad para México y Cuba un deslizamiento más o menos acelerado por el despeñadero ruso. Recorrerían así la vía alterna emprendida en los hechos por el otro autoritarismo provisto al nacer de un arraigo popular indiscutible. En un primer momento, la URSS de Gorbachev parecía haber logrado una transición democrática gradual y controlada, sólo para perder posteriormente el rumbo y terminar en el prolongado caos que impera en Rusia hoy en día. De modo que el rumbo adoptado por los mexicanos puede prosperar a la larga, o estrellarse también en los diversos escollos que se le presentan, a pesar del optimismo de tiempos recientes. Lo mismo puede acontecer en Cuba, a pesar de la comprobada resistencia del régimen cubano a todas las adversidades, errores y agresiones.

De ser así, se puede vaticinar que un fracaso cubano o mexicano –al abortar la versión isleña de la vía china, o al truncarse una transición deliberada y paulatina en México– se debería quizás a las mismas razones que desembocaron en el resquebrajamiento de la ex URSS, en su crisis económica galopante e interminable, en la corrupción y la delincuencia generalizadas en aquel país, y en sus *impasses* de gobernabilidad cada vez más agudos. Ni México ni Cuba han llegado a esos extremos, pero tampoco han desmontado –ni remotamente en el caso de la isla, apenas con balbuceos tratándose de México– sus aparatos e instituciones autoritarias.

¿De qué razones se trata? En esta hipótesis se reducen a una sola: el esfuerzo que habrían realizado sociedades como la rusa, la mexicana y la cubana para despojarse de sus respectivos regímenes autoritarios, en vista de los orígenes populares y revolucionarios de los mismos, las habría desangrado, como Verdún desangró a Francia en 1917. Por haberse dilatado en exceso la transición; por haber sido tan dolorosa y adversa, gracias a los recursos de los cuales disponía el régimen; por tener que prescindir del factor externo y centrar toda la lucha en el frente interno; por no contar con situaciones caracterizadas por un maniqueísmo radical; por la imposibilidad de encontrarle una salida decorosa –el famoso puente de plata– a los titulares del *ancien régime*, por todos estos motivos, vinculados directamente a la revolución fundacional que les dio vida, el esfuerzo para liquidar la tara del autoritarismo habría sido –en el caso ruso– y será –en el mexicano o cubano– tan enorme que faltarán la energía, el talento y la imaginación para construir los nuevos y necesarios andamiajes institucionales y políticos.

Sucedará al despotismo carismático o tecnocrático una versión latina del caos ruso: desintegración nacional, fragmentación política, corrupción rampante y

auge del narcotráfico, colapso del imperio de la ley y seguridad, ingerencia norteamericana para salvar los muebles, es decir, lo mínimo para resguardar los intereses de Estados Unidos. Las probabilidades de asegurar una transición exitosa hacia una gobernabilidad democrática, eficaz y estable serían inversamente proporcionales a las dificultades de desplazar a los salientes: el agotamiento de los partidos, de la sociedad civil y de la intelectualidad en México, junto con la auto-marginación de los empresarios nacionales, así como la total inexistencia de recambios en Cuba, ya sea por el vacío tan cuidadosamente creado por Fidel Castro, ya sea por la inviabilidad de las soluciones procedentes de Miami, redundarán en un largo período desestructurado, sin norte ni cauce. En esa situación, sectores modernos y bien organizados de ambas sociedades podrán salir a flote e incluso gozar de éxito en enclaves económicos adecuadamente protegidos, mientras que amplias capas del resto de la sociedad permanecerán en un limbo peligroso y angustiante, gobernado por ajustes de cuentas, cacicazgos locales, desmedidas esperanzas migratorias e ilusiones irrealizables.

Nada impone, por definición un panorama tan sombrío. Es perfectamente pensable que tanto en México como en Cuba las transiciones se produzcan de manera pacífica, ordenada y bienaventurada. Es posible que la vía sino-cubana funcione en la mayor de las Antillas, aún después de la muerte de Fidel Castro, y que en México la mezcla de gradualismo político y de shock económico genere un círculo virtuoso de crecimiento, democracia, justicia y estabilidad. Pero también debemos contemplar la vigencia de una causalidad más compleja. A lo mejor las razones que le brindaron a estos dos sistemas autoritarios una sobrevivencia más prolongada que cualquier otra en el hemisferio también contribuirán a un trágico derrumbe de sus sociedades después de su caída. En el pecado llevarán la penitencia.

